

En torno al Siglo de los Niños

ROSA BALLESTER AÑÓN (*)

BIBLID [0211-9536 (2005) 25; 539-545]

Fecha de aceptación: 4 de febrero de 2005

Willen KOOPS; Michael ZUCKERMAN (eds.). *Beyond the Century of the Child: Cultural history and developmental psychology*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2003, 289 pp.

Denyse BAILLARGEON. *Un Québec en mal d'enfants. La médicalisation de la maternité, 1910-1970*, Montréal, Les éditions du remue-ménage, 2004, 373 pp.

Enrique PERDIGUERO (comp.). *Salvad al niño. Estudios sobre la protección a la infancia en la Europa mediterránea a comienzos del siglo XX*. València, Seminari d'Estudis sobre la Ciència [Serie Monografías núm. 10], 2004, 324 pp.

Señalaba Rodríguez Ocaña en estas mismas páginas, con ocasión de la publicación del número monográfico de *Dynamis* consagrado a esta cuestión (vol. 23, 2003), que la historia de la salud, la enfermedad y la asistencia a la infancia constituye un asunto ejemplar en la empresa historiográfica contemporánea, porque nos permite desvelar el carácter estratégico que adquirió la salud en el mundo industrial contemporáneo, además de constituir un excelente banco de pruebas para la integración del amplio abanico de abordajes demográficos, antropológicos, psicosociales e históricos en torno al niño.

Hay polémicas historiográficas que parecen retroalimentarse de forma casi indefinida y que, sin embargo, no pierden interés. Este carácter no cerrado es el que caracteriza la producción sobre histo-

(*) Unidad de Historia de la Ciencia. Universidad Miguel Hernández (Alicante).
Email: Rosa.Ballester@umh.es

ria de la infancia. Como ha sucedido en casos similares como en los estudios sobre la transición demográfica de la población europeo-occidental, el proceso es el mismo. En primer lugar, aparece un trabajo sugestivo y provocador —el de Philippe Ariès en el caso de la infancia, el de Thomas McKeown en el de la demografía(1)— y, a partir de él, se generan controversias entre partidarios y detractores que, apoyando o rectificando las hipótesis lanzadas por los pioneros, unas veces, afortunadamente las más, van más allá y otras, por el contrario, derivan por vericuetos que hacen irreconocible, o casi, el debate original que ha sobrepasado ya, en ambos casos, los cuarenta años. La razón de que no pierdan interés radica, seguramente, en que se trata de temas a los que somos sensibles y nos afectan ahora mismo. La pregunta a formular sería de qué modo se está contribuyendo en estos últimos años a este debate abierto. En el caso de las tres obras arriba indicadas, la respuesta ha sido doble: por un lado, aportando material empírico inédito o poco conocido en trabajos de campo y, por otro, entrar, de modo si se quiere más ambicioso, al centro mismo de la hipótesis ariesiana para sustituirla, al menos parcialmente, por otra nueva.

Salvando todas las distancias, es llamativa la coincidencia de los planteamientos sobre la consideración de la vida infantil y su medicalización en entornos tan dispares como la zona canadiense de Québec, Francia, Italia o España (la lista posiblemente podría ampliarse al resto de países occidentales). Una somera enumeración de los contenidos de dichos planteamientos presentes tanto en la obra de Baillargeon como en los textos de la edición coordinada por E. Perdiguero, sería la siguiente: 1) el proceso de medicalización de la maternidad y de los cuidados de los niños está estrechamente ligado a la lucha contra la mortalidad infantil que se identifica como un grave problema social; 2) esta preocupación creciente se inscribe en un contexto en el que las naciones industrializadas se inquietan sobre su capacidad de preservar su integridad y sus posibilidades para asegurar la renovación

(1) ARIÈS, Philippe. *L'enfant et la vie familiale sur l'Ancien Régime*, Paris, Librarie Plon, 1960; McKEOWN, Thomas. *The Modern Rise of Population*, London, New York, Academic Press, 1976.

de la fuerza de trabajo productiva. Las tensiones internacionales e intranacionales, la multiplicación de los conflictos sociales y la degradación acelerada de las condiciones de la vida urbana bajo el efecto de la industrialización, son otros tantos factores que incitaron a los reformistas a movilizarse en torno a esta causa. Y 3) la idea, en el discurso médico, de que las mujeres son individualmente responsables de la supervivencia y de la salud de sus hijos y juzgadas culpables si ellas rehúsan seguir las directrices de los médicos y de frecuentar los servicios gratuitos puestos a su disposición por los poderes públicos (Baillargeon, cap. 3). En definitiva, con estos planteamientos, se trataba de sustituir los métodos tradicionales de atención a la infancia por otros más modernos de acuerdo con el modelo y las exigencias de la sociedad industrial, teñidos de eficacia, confinando a las mujeres en su rol secular de madres y esposas y reafirmando el carácter privado de la maternidad. Como se ve, aspectos todos ellos bien conocidos por la abundante y, en general, excelente bibliografía circulante y en torno a los cuales las dos obras reseñadas añaden evidencia, lo cual es importante para reforzar los conocimientos de los que disponemos para reconstruir los movimientos en defensa de la salud infantil a lo largo del siglo XX.

Sin embargo, son precisamente otro tipo de aspectos específicos de uno u otro lugar, lo que permite enriquecer y matizar el análisis histórico. Al hablar de diferencias no nos referimos únicamente a que muchas de las estrategias concretas puestas en marcha para hacer frente al problema de la mortalidad infantil, divergieran según los contextos locales [Baillargeon, cap. 4; o en los diferentes capítulos de la obra coordinada por Perdiguero bajo el paraguas común de «Iniciativas legislativas e instituciones», pp. 93-220 (E. Perdiguero, E. Robles, J. Ll. Barona, R. Álvarez y J. Lloret)], sino a otro tipo de factores científicos pero, sobre todo, sociales y culturales. Especialmente rico, fruto de un laborioso trabajo de recogida y análisis de fuentes, es el capítulo de E. Perdiguero y E. Robles consagrado al papel desempeñado por la Sociedad Española de Higiene en el movimiento de protección a la infancia, cuya ley fundacional (1905), fue precisamente el fruto de las discusiones que se llevaron a cabo dentro de la propia Sociedad.

Un ejemplo paradigmático de la riqueza de los matices diferenciales a la que acabamos de aludir, es la monografía de Baillargeon, muy bien documentada, que se desarrolla entre 1900 y 1970 periodo durante el cual el papel concurrente de la Iglesia, el Estado y los reformistas en materia de bienestar de la madre y el niño, es muy visible con la creación por parte del importante *mouvement montréalais* de las primeras clínicas para lactantes, entre otras iniciativas. Un incisivo análisis sobre las marcadas diferencias en la distribución de la mortalidad infantil entre las comunidades anglófonas y francófonas (protestantes, judías y católicas), dentro de la propia ciudad de Québec y entre Québec y otras zonas como Ontario, permite a la autora interpretar dichas diferencias en claves socio-económicas, culturales y políticas. De hecho, una parte del discurso médico sobre la mortalidad infantil recoge en su seno los grandes temas y las obsesiones nacionalistas del siglo XX, a la cabeza de las cuales se encuentra la cuestión de la natalidad y del papel reproductor de las mujeres para asegurar la supervivencia nacional de la población canadiense francófona. Otro aspecto muy sugestivo es la apropiación, por parte de Baillargeon, de la tesis de Catherine Rollet(2) sobre la cercanía en las pautas relativas a los cuidados y la salud infantil a ambas partes del Atlántico, en el caso que nos ocupa, entre las de las mujeres de Normandía, por un lado, y las madres del Canadá francófono, en una suerte de «fondo cultural común» (p. 56).

El trabajo de Baillargeon, al abarcar un periodo de tiempo más cercano a la actualidad (1970), permite introducir algunas entrevistas y hacer uso, así, de la historia oral en el capítulo final del libro. Es una buena opción para resolver el problema que se plantea siempre cuando intentamos, como historiadores o historiadoras, acercarnos al tema desde la perspectiva del paciente o, como en este caso, de las usuarias de los servicios sanitarios materno-infantiles. En la obra de la autora canadiense, las informantes son mujeres que criaron a sus hijos entre 1930 y 1960 y sus testimonios permiten contrastar el discurso médico con las opiniones y percepciones de estas mujeres

(2) ROLLET, Catherine. La santé au premier age sur le regard de l'État. *Cahiers québécois de démographie*. CQD, 1994, 23, 287.

sobre dicho discurso, qué usos hicieron de los servicios disponibles, qué cambios se produjeron en sus comportamientos y en sus prácticas, qué tipo de relación establecieron no solo con los profesionales sanitarios, sino con otras madres en los consultorios y cómo fueron ellas mismas importantes agentes de medicalización, observándose mutuamente y sancionando moralmente los comportamientos de aquellas madres que se mostraban reacias al seguimiento del modelo pautado por los médicos.

Una de las peculiaridades que se da en el caso español es la relativa a un tipo de infancia particular, la llamada «infancia anormal», aspecto poco contemplado en este tipo de estudios históricos sobre movimientos de protección a la infancia. R. Huertas, da cumplida cuenta de ello con su habitual bien hacer y en esta misma línea es muy interesante la aportación de M. del Cura. Ambos trabajos se encuentran en la monografía española que es, en realidad, el fruto de un encomiable trabajo de colaboración multicéntrico dentro de la red temática «Salud, Historia y Población», coordinada por J. Ll. Barona, en la que participaron investigadores de las Universidades de Valencia, Sassari, Miguel Hernández, Alacant y el Instituto de Historia del CSIC. En conjunto, la monografía *Salvad al niño...* permite un mayor grado de profundización sobre aspectos del movimiento de protección a la infancia en España (el papel de la Sociedad Española de Higiene, el Consejo Superior de Protección a la Infancia, el modelo institucional —institutos, guarderías y hogares infantiles— o la acción social sobre los niños desprotegidos) y una somera, aunque muy útil y bien construida comparación con lo sucedido en Francia e Italia (capítulos escritos por dos reconocidas expertas, C. Rollet y L. Pozzi). El contar, además, con la colaboración de investigadores de áreas cercanas a la historia de la ciencia como la historia de la pedagogía (I. Palacios Lis), supone un valor añadido en este aspecto fundamental del problema de la infancia que fue la vertiente educativa, de la cual se ocupan también J. Bernabeu, X. Esplugues y M. E. Galiana, en su aportación sobre el I Congreso Español de Higiene Escolar celebrado en Barcelona en 1912.

Es frecuente entre quienes nos dedicamos a la historia de la infancia, el hacer en nuestros trabajos una cita obligada a la pedagoga y

polifacética reformadora sueca Ellen Key y a su influyente libro sobre el siglo de los niños (3), que defendía que la mejora de las condiciones de la infancia se convirtiera en la prioridad absoluta de la sociedad del siglo XX. El título de la obra coordinada por William Koops y Michael Zuckerman —profesores universitarios en Utrech y Pennsylvania, de psicología del desarrollo e historia, respectivamente— *Beyond the Century of the Child*, es justamente un guiño cómplice para los estudiosos y no oculta, por otro lado, el ambicioso propósito de actualizar y, en algunos casos matizar y rectificar, los planteamientos de Ariès. El libro ha merecido un elevado número de reseñas críticas y no han dejado de señalarse sus puntos más débiles como el incluir de forma no demasiado coherente para lo que los propios editores de la obra dicen que es su propósito, breves capítulos sobre historias de la infancia en contextos orientales chinos y japoneses. El análisis comparado sobre diferentes concepciones de lo que significan estos periodos de la vida en sociedades diversas, es por supuesto, muy interesante, pero su abordaje superficial y limitado, no cumple el objetivo previsto.

Hay, sin embargo, capítulos espléndidos que matizan, con fuentes sólidas y más amplias que las utilizadas por Ariès, su tesis de que la sociedad fue indiferente y no tuvo clara conciencia de la infancia antes del siglo XIII. Por ejemplo, el capítulo de Bárbara Hanawalt sobre el niño en la Edad Media y el Renacimiento matiza, como ya otros habían hecho anteriormente, este aserto mencionando también los sesgos que las fuentes utilizadas por el autor francés, en especial las fuentes iconográficas, pudieran tener. En otro sentido, para Els Kloek, el auténtico siglo del niño, en el contexto holandés, fue el siglo XVII, frente a este proceso evolutivo y progresivo que planteaba Ariès. Excelente la aportación de John Gillis, situada en el espacio británico en la era victoriana y en plena revolución industrial, el momento en que escribe Key, cuando se cimentaron los modernos rituales de la infancia como la escolarización y la protección a nivel estatal y cuando se asiste al nacimiento de lo que denomina «la infancia virtual». Gillis

(3) El libro, escrito originalmente en sueco en 1900, fue pronto traducido a varios idiomas, incluido el castellano: KEY, Ellen. *El Siglo de los Niños*, Barcelona, Imprenta de Henrich y Compañía, 1906.

enlaza la aparición de esta idea con el descubrimiento paralelo de la idea moderna de la identidad del adulto en un entorno de crisis de fe religiosa. La infancia se transforma en una especie de religión sustitutoria en la que es fácil reconocer, sin embargo, las raíces de la tradición cristiana. El niño es visto con la nostalgia del paraíso perdido, representando la naturaleza no corrompida y la nobleza asociada a las personas y los pueblos sencillos y lugar donde se encuentran las esperanzas y expectativas de los adultos.

Sin embargo, esta iconización idealizada y sacralizada de la infancia, ha conducido, y ésta sería la tesis central de todo el volumen, a una excesiva infantilización y separación estricta entre el mundo adulto y el mundo de los niños. En el siglo XX, la distancia entre las dos esferas indicadas, se ha acentuado, haciendo posible, entre otros aspectos positivos, la aparición de una específica legislación protectora frente la explotación, el abuso y la negligencia y también la institucionalización de una medicina para la infancia. Una cuidadosa lectura de Ellen Key y de los pioneros líderes reformistas en pro de los derechos del niño y un análisis crítico de los resultados del proceso lleva, sin embargo, a la reflexión, mucho menos optimista, de que esta moderna concepción de la infancia no haya sido realmente positiva en todos sus términos. En el fondo, el discurso de los adultos sobre los niños nos enseña menos sobre ellos que sobre la forma en que los propios adultos se adaptan a los cambios sociales; los adultos han usado, y continúan usando, a los niños para su propio provecho. Bajo la inspiración de Rousseau, Piaget y la psicología del desarrollo contemporánea, los niños han sido confinados en espacios propios, alejados del mundo real, donde nada pudiera entorpecer su desarrollo «natural» y todavía no se ha encontrado el camino de vuelta y de encuentro. En la segunda mitad del siglo XX, la ligazón entre el acceso, difícilmente controlable, de los niños a los medios de comunicación y a la información, dirigida a los adultos, tiene muchas consecuencias dramáticas cuando se acerca la adolescencia y el encuentro con el mundo real. Pese a que la obra de Koops y Zuckerman tiene, en algunos capítulos, un tono más ensayístico que histórico *stricto sensu*, muchos de los puntos de vista que en las páginas introductorias y en las reflexiones finales se recogen, hacen su consulta indispensable para el amplio colectivo de seguidores de estos temas.

